

maritanos; los habitantes de Jerusalem y los de Galilea, los idumeos y los pereos, los que moraban en los países del otro lado del Jordan, y aun los de los contornos de Tiro y de Sydon, llevando todos consigo muchos enfermos y poseidos del demonio, á quienes libertaba el Señor de sus enfermedades.

Retírase en esta ocasion el Señor de las turbas, para quitar á los escribas todo motivo y ocasion de ser con él impíos, porque aun no habia llegado el tiempo prefijado por el Padre para que padeciera muerte y pasion, ni se habian cumplido los oráculos de los profetas. Huyó para dar á los suyos este ejemplo, á fin de que cuando en algunas ocasiones huyesen de los enemigos, no se les imputase la huida á pecado. Huyó para dar á conocer á todos este grandioso ejemplo de humildad y paciencia, pues se le miraba huir, cuando á una orden suya todos sus perseguidores hubieran sido sepultados en el abismo. Huyó para que no dudásemos de su humanidad, pues aunque no temia la muerte, huia como hombre para eludir los conciliábulos de la iniquidad; con tal motivo, huyendo nos enseñó que sin duda debemos huir de aquellos que cada dia se hacen peores aun á vista de los buenos consejos y ejemplos, pues los hombres envejecidos en el mal dificultosamente ceden á la fuerza de la razon. Así que, sabiendo el Señor los pensamientos de los escribas, no se esperó mucho tiempo, sino que huyó por no irritar mas su locura, porque no es fácil que esta se aplaque con la fuerza de la razon. La ignorancia con la razon se vence, la malicia empero con la razon se irrita.

Esta retirada de Jesús fué mas bien un indicio de su misericordia que de temor que tuviese; pues no solo no queria irritarlos con su presencia, sino que separándose de su vista queria hasta quitarles la ocasion de que pudiesen irritarse, no fuese cosa que después se le pudiese acusar de cómplice en el delito que cometiesen; por esto no solo se aleja, sino que para animar mas á los que le siguen y alentar á los que van en su busca, obra muchos milagros á su vista, para que no creyesen que como huia se habia extinguido en él el poder de obrarlos. Los maestros y doctores de la ley le perseguian, vistos los milagros; por esto no sanaban de la ceguedad en que vivian. Seguiánle los necios é idiotas atraidos de su buen nom-

CAPITULO XXI.

RETÍRASE JESÚS DE LA SINAGOGA: SÍGUELE MUCHOS ENFERMOS
Y SANA A UN ENDEMONIADO, CIEGO Y MUDO.

No es siempre un vigoroso y violento ataque dado á un enemigo el testimonio mas positivo de la pericia de un buen general. El que conoce bien los planes de su adversario, prefiere en algunas ocasiones una retirada honrosa, porque sabe que de ella ha de sacar mayores ventajas; y burlando con maña las intenciones de sus rivales, suele coronarse de gloria inmarcesible, mientras entregados los otros á la desesperacion corren una muerte segura por satisfacer una venganza injusta; y como nunca ha habido en el mundo un hombre mas sabio, ni mas prudente, ni mas conecedor del corazon del hombre que Jesús, cada una de sus retiradas, aun las mas misteriosas y secretas, mas tenian el aire de triunfo que de fuga: casi siempre eran á la orilla de los mares, y aunque las verificara en las horas mas silenciosas de la noche, muy luego se veia cercado de una muchedumbre casi inmensa que parecia como una escolta destinada á defenderle si necesitaba emplear tales refuerzos contra los ataques bruscos de los escribas. Tal era el crédito, fama y reputacion de Jesús, que do quiera que fuese le seguian fieles é infieles, fariseos y publicanos, y en pos de él se hermanaban al parecer judíos y sa-

bre, y le seguian con amor, y por esto eran curados. Los fariseos deseaban perderle, la turba indocta se esmeraba en amarle: los primeros eran repelidos, los segundos eran curados, y lo eran de una manera tal, que apenas se acercaba el Señor, obligaban los espíritus inmundos á los mismos energúmenos á que se inclinasen é hiciesen reverencia, y clamaban por su boca y decian: *TU ERAS HIJO DE DIOS*; pero su Majestad les mandaba que callasen. El que quiera pues ser curado, el que quiera verse libre de los peligros de la muerte y de la condenacion eterna, siga é imite á Jesús, que no hay duda que sanará.

Como era público y á todos manifesto que bastaba tocar los vestidos del Señor para quedar repentinamente sanos los enfermos, todos querian acercarse y le oprimian sobremanera; mas como la soberbia de los fariseos y el orgullo de los herodianos se hallaba tan mortificado, atendia mucho Jesús á no exasperar mas sus ánimos para que no creyesen que trataba de insultarles y aumentar mas su confusion; por lo que ordenó á la multitud de personas que naturalmente agradecidas publicaban por todas partes sus beneficios, que no los divulgasen, para que no renovasen sus quejas los fariseos con motivo de la trasgresion del sábado, y para poder consolar tambien en su miseria á los gentiles, de los cuales muchos en estas grandes concurrencias se mezclaban con los israelitas para conseguir la salud. Tal era la moderacion de Jesús, que si no le impedian la gloria y el honor de su Padre, ó no le precisaban las obligaciones de su ministerio, queria mas bien sacrificar el honor que se le debia, que aprovecharse de todas sus ventajas á expensas de la paz; y seguramente que si la envidia no hubiera hecho implacables y feroces á sus enemigos, y estos no hubieran sido de la clase de los malos sacerdotes y doctores falsos, su dulzura, suavidad y condescendencia hubieran logrado en ellos apologistas y defensores.

Como el Señor no iba á caza de la mundanal estimacion de los hombres, sino que buscaba el convencimiento de los incrédulos y la salud de los que en él creian, por esto se mostraba tan cauto como humilde en sus procedimientos, pues con este espíritu de abnegacion y humildad lo habia anunciado su propio Padre, el que queriendo dibujar con su propia mano la imagen de su Hijo, nos lo tra-

zó con unos rasgos harto dignos del amor y tierna adhesion de sus discípulos. «Ved ahí, decia el Señor, al que yo elegi Hijo mio muy amado, en quien he puesto toda mi complacencia. El es mi Hijo por naturaleza, y él se ha hecho mi siervo por obediencia. Yo lo llenaré de mi espíritu, él anunciará la verdadera doctrina, él mostrará á las naciones el camino de la salud. El espíritu de reconciliacion, dulzura y suavidad, será el que le anime, y sus grandes y sólidas instrucciones no degenerarán jamás en contiendas y disputas agrias y contenciosas. No levantará una voz estentórea y altisona, ni clamará cual demente furioso ó destemplado ebrio en medio de las plazas públicas. No quebrantará la caña medio quebrada, ni apagará la mecha que aun está humeando. La paciencia será la arma y el escudo con que peleará las batallas de su Padre, y con ella sola logrará que triunfe su justicia. Con esta benignidad y dulzura y con la de sus ministros después de su muerte, precisará á sus enemigos á rendirse á la verdad. De esta manera será completísima la victoria que alcanzará el Evangelio sobre las supersticiones géntiles, pues abrirá el reino de Dios á todas las naciones, y ellas pondrán su gloria en invocar su nombre.

Es preciso no haber leído nada de la historia del Salvador para no reconocer en su persona el cumplimiento literal de esta tan clara prediccion y para no admirar la semejanza perfecta de la pintura con el divino objeto que representa. Con todo eso, su dulzura y suavidad nada tenian de debilidad y flaqueza, y ganaba los corazones sin timidez ni cobardía; y como su paciencia no nacia del principio de una debilidad temerosa, no desdecia en cosa alguna la dignidad de su conducta ni la santa libertad de su ministerio augusto; predicaba con admirable celo, y como á su predicacion seguian ó precedian siempre milagros asombrosos, sola la feroz é implacable envidia de los fariseos ponía recelosas dudas sobre las eternas y luminosas verdades que anunciaba; los discípulos empero y el pueblo sencillo, en cuyos corazones no se albergaba aquel vicio ponzoñoso, le oían con tanto fervor, que ni aun tiempo para comer pan se reservaban, sobre cuya continua y santa ocupacion dice el venerable Beda [1]: ¡Oh! ¡qué feliz ocupacion la del Salvador! ¡Oh!

[1] Ven. Bed. in eap. 3 Marc.

¡Cuán bienaventurada la concurrencia de las turbas que incesantemente le siguen! Tan empeñado estaba el uno en enseñar, y los otros en aprender y en procurar su salud espiritual y eterna, que ni al Maestro, ni á los discípulos ni á las turbas que los seguían, les quedó ni siquiera una hora de tiempo para alimentarse. ¡Ojalá que á los maestros y doctores y á los fieles de nuestros tiempos nos sucediese otro tanto! ¡Ojalá que tan ardiente fuese en unos el deseo de enseñar y tan vehemente en otros el de aprender, que ni siquiera una hora les quedase de tiempo para comer el pan cotidiano! ¡Qué felices serían entonces los pueblos! ¡qué dichosas las naciones! Todas descansarian en el seno de la mas envidiable paz, y la nave de la Iglesia caminaría á vela tendida con viento prospero y bonanzoso al puerto de la felicidad.

El Señor, que por todas partes se contemplaba asaltado de las turbas, deseaba desembarazarse de ellas, ya para dar lugar á que de algun modo se mitigase el rencor de los fariseos, que cada vez se irritaba mas con los milagros, ya para tratar mas desahogadamente con su Eterno Padre sobre el importantísimo negocio de la salvacion de los hombres. A este fin habia mandado á sus apóstoles que le tuviesen pronta una barca, y encaminándose con ellos á la orilla del mar, despidió á las turbas: embarcóse y transfretó, y se encaminó á la ciudad; pocos eran los dias que pensaba detenerse en ella, pero en este corto intervalo se le presentó la ocasion de hacer un milagro, que aunque por todas sus circunstancias era gloriosísimo para Jesús, le acarreó sin embargo tan tremendas contradicciones, que no bastando toda su prudencia, amabilidad y dulzura para disimularlas, se vió forzado á acudir al valor y firmeza de que estaba revestido y le pedian el interés y la gloria de su Padre para refutarlas y oprimirlas.

Presentáronle un hombre mudo y ciego que estaba poseido del demonio. No eran necesarios tantos males para merecer la misericordia siempre compasiva de nuestro buen Jesús: uno solo bastaba para excitarla é inclinarla á que usase de ella. Hacia el infeliz en muchas ocasiones grandes estremecimientos, y así fué que no pudo conducirse á la morada del libertador, sin llamar la tranquila atencion del pueblo y obligar á una inmensa multitud á que fuese en su se-

guimiento, la que firmemente persuadida de que el Señor obraría un gran milagro, queria satisfacer su piadosa curiosidad; y entre la muchedumbre pia mezcláronse como siempre cierto número de fariseos y escribas que tambien deseaban contentar su maligna inquietud. Era muy necia la astucia de los malignantes para apostárselas con la sabia prevision del Salvador; así que, aunque ellos procuraban ocultarse, no podian jamás lograr sus intentos; pero como el bienhechor liberalísimo solo atendia á las peticiones de los desgraciados que encontraban su mas seguro apoyo en las exigencias de la misma insaciable caridad de que estaba animado, saltan prontamente consolados. Echó pues al demonio del cuerpo del hombre, y se le abrieron los ojos y desatósele la lengua. El poseido tuvo en un instante el cuerpo sano y el espíritu libre; el ciego veía ya perfectamente, el mudo hablaba; y tantos milagros obrados en uno solo llenaban de admiracion al pueblo y alentaban su esperanza. Lo que entonces sucedió visiblemente una vez, todos los dias se renueva espiritualmente [1] en la conversion de los infieles; arrojados los demonios de sus cuerpos reciben primero la luz de la fe, y después las bocas que estaban cerradas se desatan en divinas alabanzas. El que se halla poseido del demonio está ciego y mudo [2], porque no cree en Dios y está sujeto al diablo; porque no entiende ni confiesa la fe y no da alabanzas á Dios. Nadie piense que es bastante para el hombre fiel conocer á Dios, es tambien necesario confesarle; por esto cura al ciego y mudo. Abrele los ojos para que conozca; la boca para que confiese. El que conoce y no confiesa, aunque tenga sanos los ojos del entendimiento, persevera sin embargo mudo. El que viendo pues no cumple los preceptos de Dios, y el que hablando no confiesa las misericordias de Dios y no publica sus alabanzas, este permanece todavia ciego y mudo [3].

Cuanto tiempo el pecado domina el corazon del hombre, tanto tiempo es esclavo y se halla poseido del demonio. De tres maneras veja el enemigo malo, domina y esclaviza al hombre desventurado. Véjale con la soberbia en el entendimiento, con la concupis-

[1] Div. Hieronim. in cap. 12 Math.

[2] Div. August. lib. 1.º de questionibus evangelicis.

[3] Div. Crisostom. Hom. 4 in Math.

encia de la carne, con la ambicion ó avaricia; porque todo lo que hay en el mundo es concupiscencia de los ojos, concupiscencia de la carne soberbia de la vida, cuyas tres cosas hacen al demonio mundo. El habla se dió al hombre para alabar á Dios y darle gracias; para hablar la verdad y edificar al prójimo; para confesar el pecado y pedir perdon de él á Dios. La primera habla la quita al hombre la soberbia, porqu usurpa para sí la alabanza que á Dios se debe; la segunda la quita la avaricia, que solo atiende á sí y descuida enteramente al prójimo; y la tercera la quita la lujuria que aparta constantemente al hombre de Dios: así es que Sodoma se interpreta silencio ó la ciudad muda; porque poseida de la lujuria, jamás se acordó de pedir perdon al Señor. Tambien la soberbia hace al hombre ciego, sin dejarle ver las cosas que á su salud convienen, y que le son indispensablemente necesarias para ver y conocer aquel que de sí mismo dice: *Yo soy la luz del mundo; el que me sigue no camina entre tinieblas.* Cuando el hombre empieza á alabar á Dios, á edificar al prójimo y á acusarse á sí mismo, entonces no se halla poseido del demonio.

Admirado el pueblo porque cada milagro de Jesús se le representaba como bajo un nuevo aspecto, clamaba y decia: Este hombre que todos los dias hace tantas maravillas, ¿no será el verdadero hijo de David tantas veces anunciado y por tantos siglos suspirado? ¿No será este el heredero legítimo de su trono y el primogénito que debe ser Rey de los judios y el Mesías prometido?

Esta duda tan fundada, esta observacion tan racional y justa, esta pregunta tan prudente, exasperaba mas é inflamaba la venganza de los fariseos, que en esta ocasion ningun motivo tenian ni aun para apaliarse. Todas las circunstancias de esta tan grande ocurrencia deponian en favor de Jesús y acreditaban la ignominiosa confusion de sus enemigos. El prodigio era público é incontestable, tanto por la complicacion de los males, como por la prontitud de la cura. Esta no tenia para ellos la falta de haberse verificado en dia de sábado. El favorecido no era infiel ni extranjeró; era como ellos, un descendiente de Jacob y discípulo de Moisés; por consiguiente, estaban obstruidos todos los caminos que podian prestar ansias á la calumniosa maledicencia: ¿qué recurso pues les quedaba que buscar para

satisfacer su implacable resentimiento? Mas ¿cuándo se confesó vencida la sinrazón, ni se mostró satisfecho el aborrecimiento? Un solo ardor les quedaba, y preocupados frenéticamente por la injusticia que los dominaba, echaron mano de él olvidados de que la sabiduría de Jesús tenia infinitos recursos para desbaratar sus planes y confundir todas sus maquinaciones.

Para hacerse partido entre el pueblo aparentaron por él una hipócrita compasion, manifestando querian libertarle del mas espantoso engaño. Hombres crédulos, le decian, ¿no veis que ese Jesús á quien mirais como al Hijo prometido de David no es mas que un engañador? Es cierto que lanza los demonios de los cuerpos; pero no lo hace por el poder de Dios ni por la virtud que de él haya recibido, sino que lo hace precisamente por la de Beelzebub, príncipe de aquellos de quien él mismo está poseido [1].

[1] El venerable Beda, en la exposicion del capítulo 11 de san Lucas, dice: Los nombres de los ídolos tomaron su origen de Belo, que fué el padre de Nino, el que edificó, ó mejor dicho restauró la famosa ciudad de Nínive. Belo fué el primer rey de los asyrios, y su hijo Nino le erigió una estatua después de su muerte. Los criminales que se refugiaban á ella implorando su favor, obtenian de Nino el perdon de sus delitos; de donde provino el que empezasen á venerarla como un nomen tutelar y benéfico, y que algun tiempo después se le hiciesen honores solo debidos á la divinidad: tal fué el principio de la idolatria. Recibida esta costumbre, los caldeos comenzaron á llamar á sus simulacros con el nombre de Beel. Los palestinos los apellidaban Baal, los moabitas Beelphegor, y así cada provincia ó nacion los saludaba con un nombre particular, cuya derivacion empero venia de aquel primitivo. Los judios adoradores del verdadero Dios, para burlarse de los gentiles, los llamaron Beelzebub, que suena lo mismo que Príncipe de las moscas, por la casi infinita multitud de ellas que en su tiempo habitaban á causa de la mucha sangre que en él se derramaba. En este simulacro decian que habitaba el príncipe de los demonios; ya porque en él tuvo principio la idolatria, ya porque no se encontraba otro ídolo mas eficaz que aquel, y ya en fin porque su invocacion y culto se habian generalizado mas entre los gentiles; y aunque en algunas provincias se hallaban á mas otros dioses especeiales, este sin embargo era el proclamado como Dios supremo y universal. A tal extremo pues llegó la perversidad de los escribas, que por la virtud de este ídolo detestable decian que Jesús obraba milagros y lanzaba los demonios de los hombres. Los palestinos le llamaron Baal, significando la elevacion en que estaba colocado el ídolo, y los moabitas, Beelphegor, porque le adoraban sobre el monte Phegai; y los judios le añadieron la particu-

Nada mas horrible podia decirse contra el Salvador; mas no era esta la vez primera que habian vomitado semejante calumnia contra Jesús; pero cansado ya su Majestad divina de ver puesto en juego una tan sórdida maquinacion para desacreditarle y pervertir la sana fe del pueblo, quiso cerrar de una vez bocas tan sacrilegas y destruir con una sola é incontestable reflexion un escándalo tan abominable. Miraba á sus calumniadores derramados en diferentes tropas, donde se hablaba del caso que acababa de suceder. Sabia las máximas que iban publicando, y conocia hasta sus mas ocultos pensamientos. Juntó cerca de su persona toda la gente, y sin otros preámbulos empezó su propia vindicacion y defenſa.

Todo reino dividido en partidos, bandos ó facciones contrarias, vendrá á ser presa de sus enemigos, y no hay duda que se arruinará. Una ciudad cuyos habitantes se hacen la guerra, y una familia cuyos miembros se despedazan, no puede subsistir largo tiempo y es preciso que lo que sucede en este mundo material y visible se verifique también en el reino de las tinieblas. Si un demonio pues está en guerra abierta con otro, si el uno expele al otro del cuerpo que posea, es claro que aquellos están en guerra entre sí, y en este caso, ¿cómo estará el reino de Satanás? Sin duda que su poder se irá cada dia debilitando y no estará muy lejos de su eterna ruina. Convenços por tanto de la sinrazon de los pensamientos de iniquidad que os inspiran. Por otra parte, si yo arrojo los demonios en nombre de Beelcebub, ¿en nombre de quién los lanzan los hijos de vuestro pueblo, de los cuales he tomado mis discipulos, y los lanzan bajo mi conduſta? Como yo lo hago lo verifican ellos, y vosotros no ignorais que no emplean sino la vocacion de mi nombre. Ellos saben bien que en virtud del poder que yo les he comunicado mandan á las potestades del infierno; ellos detestan á Beelcebub y tienen horror al principio de los demonios; ellos por lo mismo se-

laridad de zebub para hacer eternamente odiosa la memoria de Zebub, criado de Abimelec, hijo de Geddon, el que después de haber asesinado sesenta hermanos, edificó un altar á Baal y destinó un sacerdote á su servicio, cuya principal ocupacion era ahuyentar las moscas que en él se reunian; de donde provenia que el nombre de Beelcebub fuese entre los judios de espanto y horror, y significativo de lo mas despreciable.

rán vuestros jueces, y en el dia último os condenarán echándoos en cara los abominables designios que tenéis acerca de su Maestro. ¡Ah! Sois unos ignorantes malvados; sois ciegos antojadizos y soberbios, y vuestra propia ceguedad no os permite ver las contradicciones en que incurris. Son unas mismas mis obras y las de mis discipulos, y aprobais en ellos por amor carnal lo que en mi condenais por envidia. Os lo aseguro: ellos mismos serán vuestros jueces y os condenarán, atestiguando en mi presencia contra las pasiones que os ciegan para que no veais la verdad. Este es el castigo de los envidiosos y soberbios, no ver la luz, para caer en el reino de las tinieblas.

Argüia Jesús con esta valentia á los escribas y fariseos, para que quedase firmemente sentada la doctrina de que él lanzaba á los demonios de los cuerpos por la virtud divina que en él residia; y para obligarles á conocer y confesar de que el reino de Dios habia llegado entre ellos y que el Rey de los judios que esperaban empezaba á establecer su imperio y á aclarar sus derechos: porque ¿quién, si no él, podia ni puede arrojar del corazon del hombre los enemigos de su reino? No hay duda que es uno de los mas grandes consuelos que puede tener la criatura el verse dominada del Espíritu de Dios. Entonces debe tomar aliento para correr con nuevo fervor por su santo camino, pues ya puede conocer que no es del demonio, sino de Dios; que no pertenece al reino de las tinieblas, sino al de la luz; que no habitan en él la soberbia, la envidia y las mas feas pasiones, sino la reina hermosa de las virtudes, la caridad; y así como no es posible que un vicio lance del corazon otro que le domine, así tampoco es posible que un demonio expela de él á otro demonio: el dedo solo de Dios, que es espíritu ardentísimo de caridad, sin el cual no se aborrece al pecado ni se ama á la justicia, es el único y solo que los arroja y expele.

Todo esto les quiso dar á entender cuando les añadió: *Cuando el fuerte armado guarda su casa, seguro está lo que posee.* Que fué lo mismo que decirles: Ya veis la guerra que hago al infierno y los despojos que le quito. ¿Y cómo puede suceder que entre alguno en la casa de un hombre de valor y robusto, y que le quite todos sus bienes, si antes no ha conseguido arrojar al poseedor injusto que los

tiene, que tiene bastante brío para defenderlos? Sin esta prevención no es posible asegurar la casa y disponer de lo que en ella se halla con toda seguridad. El corazón del pecador es la casa del diablo, y la guarda astuto y prevenido con las armas de su malignidad, ayudándose también de la carne y del mundo para mejor asegurar su posición. El hombre en cuyo corazón el demonio habita, tiene muerta su fe, desconoce su propia infelicidad, y halla paz y descanso en lo que le aleja de Dios que es su vida: por esto es preciso despertarle y ayudarle para que pueda romper las cadenas con que está aprisionado. Cuando yo pues he librado á vuestra vista á este desventurado del poder del demonio, me he portado como *fuerte armado*, he acreditado poder mas que el príncipe de las tinieblas, he encadenado á Satanás, le he quitado el que pueda dañar á los que creen en mí; y así es que vosotros veis que con autoridad soberana lanzo á todos los demonios que Belzebub ha derramado por este país para atormentar de mil maneras á los desgraciados hijos de Jacob. Resolved ahora allá en el fondo de vuestro corazón esa cuestión para vosotros tan interesante, y ved quién es mayor y mas fuerte, ¿el que manda ó el que obedece? ¿el que vence ó el que sucumbe? Cristo es la virtud y fortaleza de Dios: destruyó en la tierra la tiranía del infierno, y encadenó y amarró para siempre en la cruz á su desventurado príncipe, dejándole sin fuerzas ni poder alguno con la virtud de su sangre.

Bien hubiesen querido los escribas y fariseos que el divino Salvador no les hablase con tanta firmeza, claridad y energía á presencia de las turbas; pero interesaba á la gloria de Dios su Padre, y su Majestad no podia ser indiferente; sobre lo que dijo san Crisóstomo [1]: Nada hay peor ni puede haber mas malo en el mundo, que esa tremenda emulación con que los fariseos miraban á Jesús; ninguna malicia es superior á la suya: así como el cerdo inmundo se deleita revolcándose entre el cieno, ó el demonio se complace en la desgracia del hombre, así el envidioso de los bienes del prójimo se alegra de todos los males que le suceden: y así como los escarabajos se alimentan de hediondo estiércol, así ellos también se delei-

[1] Div. Crisostom. Hom. 42 in Math.

tan y complacen en la desgracia de su prójimo, y este era precisamente el carácter de los fariseos. Testigos presenciales de las victorias y triunfos del Señor, hubiesen preferido que sus hermanos viviesen vejados y oprimidos por el demonio, á tener que confesar aquellas y las consecuencias que de ellas debían seguirse; pero obstinados en no mirarle como á Mesías y en fascinar hasta con su futuro al pueblo, protestaban que nada habían visto en él que les obligase á creer que lo era.

De todo lo dicho se infiere que el que tales prodigios obraba, era el verdadero Cristo ó Mesías prometido, porque en su venida al mundo habia de debilitarse y destruirse el poder del demonio; mas no por esto deben los hombres permanecer enteramente seguros y quietos, porque aunque su único y verdadero príncipe es mas fuerte que su adversario, confia este sin embargo muchísimo en la debilidad y flaqueza humana. Velemos y trabajemos, dice san Gregorio [1], sin despreciar á nuestro enemigo, fiados en la mayor virtud y fortaleza de nuestro Príncipe. Si nos atrevemos á pelear con él, esperanzados, no en nuestras propias fuerzas, sino en los auxilios de la gracia de aquel que nos ha prometido estar con nosotros en la tentación para librarnos de ella, no hay duda que venceremos; pero si despreciamos el combate porque dudamos de la asistencia del que es todopoderoso, ya somos vencidos, porque el demonio es débil como una hormiga cuando se le resiste; pero es fuerte como un león cuando sus sugestiones se admiten. Y san Gerónimo añade [2]: Graves y terribles te parecerán las tentaciones si á tí solo te miras; si miras y confías en Dios, que es el mas esforzado entre todos los guerreros, te parecerán un juego, una niñería y una sombra. Dios y la criatura se conforman muchas veces con los actos de su voluntad; pero Cristo y el diablo, nunca.

Estas tan claras y preciosas doctrinas de los padres y doctores de la Iglesia parece que explanan hermosamente el sentido de la sentencia que después pronunció Jesucristo: *El que no es conmigo, contra mí es; y el que no recoge conmigo, desparrama*. No queria el Señor dar cuartel á la soberbia afectación de los fariseos; queria

[1] Div. Gregor. lin. 5, cap. 16.

[2] Div. Hieronim. in cap. 12 Math.

desvanecer hasta sus reticencias y destruir todos sus atrincheramientos; y así fué esto decirles: No declararse por mí habiendo visto los milagros que obro, es hacer profesion de ser mi enemigo; y no unirse conmigo para arredilar bajo mis órdenes ovejas de la casa de Israel es dispararlas y perderlas. Con el temor de veros forzados y confesaros vencidos con la evidencia del testimonio que os doy, atribuí al demonio las obras de Dios. Sois blasfemos. Es preciso ser enemigos irreconciliables para abrazar estos recursos, de los que no se prevalen sino hombres desesperados; oid por tanto lo que me faltó que deciros: Sabed pues que todo pecado y la blasfemia se perdonará á los hombres que hiciesen verdadera penitencia; esto es, en cuanto á la culpa, y en cuanto á la pena solo tendrán que expiar en la otra vida la temporal de que muriesen deudores por no haber satisfecho en esta. Pero el pecado contra el Espíritu Santo que vosotros cometeis ultrajando su santidad, dando al demonio la gloria de sus milagros, por su naturaleza no merece perdon, ni en este siglo ni en el futuro. No en este, porque es de pura malicia grave, sin admitir las excusas de la ignorancia, de la inadvertencia ó de la fragilidad, ni en el futuro, porque en él no se perdona lo que merece pena eterna, y en este no se borró con la penitencia. No es, no, vuestra blasfemia de aquellas faltas ligeras que aunque no se retracten y expien en esta vida, pueden esperar expiacion en la otra; porque no se oponen directamente al principio por el que se concede el perdon de los pecados, así como se opone el que se comete contra el Espíritu Santo.

A varias clases se reducen estos pecados, que mas propiamente pertenecen al espíritu de la blasfemia, y son por su naturaleza tan difíciles de perdonar, que se califican de imperdonables; y son, la *desesperacion*, la *presuncion*, la *impenitencia final*, la *envidia feroz de las gracias que Dios concede á nuestros hermanos*, y la *impugnacion ó contradiccion decidida de las verdades conocidas*, todos los que se llaman imperdonables por la ninguna excusa que tienen, por cuya razon las criaturas rara vez se arrepienten de ellas, y en esto consiste la diferencia que hay entre la blasfemia y el espíritu de la blasfemia. La primera se halla entre las turbas, el espíritu de la blasfemia entre los fariseos; porque sabiendo las Escrituras, contra-

decían las obras de Cristo, estimulados solamente por la envidia; y poseídos de una muy refinada malicia blasfemaban de Dios, atribuyendo al diablo los milagros obrados por Jesucristo, que no ignoraban eran esencialmente propios de su divinidad. Aunque son muchos los que blasfeman con la lengua, son muchísimos mas los que lo verifican con sus malas acciones y con su vida. Muchos blasfeman, dice san Agustín [1], obligados por la fuerza; estos pecan contra el *Padre* por la flaqueza y debilidad de su naturaleza, que contradice y se opone á la omnipotencia que al Padre se atribuye. Otros blasfeman engañados, y estos por su ignorancia pecan contra el *Hijo*, al que se le atribuye la sabiduría. Otros en fin pecan con muy refinada malicia, y estos pecan contra el *Espíritu Santo*, porque la malicia se opone á la bondad. El primero y el segundo pecado se perdonará á los que hagan condigna penitencia, porque siempre van acompañados de circunstancias atenuantes; pero como al tercero no le acompañan algunas que merezcan disputa, ó no se perdonarán ó al menos su perdon será mucho mas dificultoso. Inexcusablemente merece castigo el que si hubiese querido hubiera evitado el delito.

El espíritu de la blasfemia no se perdonará al hombre, porque el que es así blasfemo nunca llega á hacer penitencia; por consiguiente nunca llega á merecer el perdon; por esta razon decia san Juan [2]: *Hay un pecado de muerte, y no hablo yo de tal pecador cuando diga que rogueis por él.* Por tal pecado y por tal pecador no se ha de rogar por él, porque en vano se pide el perdon del pecado cuando el pecador no se corrige. El pecado contra el Espíritu Santo es la obstinacion ó la pertinacia del entendimiento, que proviene de la presuncion ó de la desesperacion: y se dice que peca contra el Espíritu Santo el que lo comete, porque este Espíritu divino es el amor del Padre y del Hijo y la bondad de entrambos; así el que desespera ó presume le hace una injuria muy especial, porque le juzga ó sin misericordia ó muy injusto; y así como por la misericordia perdona, así tambien por la justicia no puede dejar las ofensas sin el merecido castigo [3]. No se lisonjee pues el que tal pecado comete,

[1] Div. August. Tract. 27 in Joann.

[2] Ep. 1.ª Joan. cap. 21, v. 16.

[3] Div. Gregor. lib. 16, Moral. cap. 31.

que podrá expriarlo en esta ó en la otra vida, por muchas penas que padezca, porque es un delito de una atroz malicia, digno de un castigo interminable. El Agustino cierra con llave de oro esta importantísima cuestion con estas palabras [1]: Digo á vuestra caridad que tal vez en todas las Escrituras santas no se ha suscitado una mayor ni mas difícil cuestion que la que está concebida en estas palabras: *El que blasfeme contra el Espíritu Santo no tendrá su pecado perdonado, ni en este siglo ni en el venidero.* ¡Oh amenaza sobremanera espantosa! ¡oh justicia de Dios terrible! En verdad que la presuncion, la desesperacion, la obstinacion y la impenitencia son males sobremanera terribles. Concédeme, Señor, que te conozca, y que conociéndote te ame, y amándote en tí espere y á tí solo se dirijan los afectos de mi corazon.

No parece se daban por entendidos los escribas y fariseos con estas tan claras reconvencciones del Salvador á ellos precisamente dirigidas, porque trataban de engañar y corromper al pueblo, dándole á entender que Jesús estaba poseído del demonio, y que sus milagros eran obra del infierno. ¡Hasta cuándo pues, les añadió, abusareis de vosotros mismos y de los otros, queriendo ser y siendo en efecto pecadores réprobos y obstinados, y aparentando una santidad que estais muy lejos de tener? Un árbol que solo lleva mal fruto, ¿cómo es posible que sea tenido por bueno? ¿No os acordais de lo que otras veces os he dicho que se juzga de los árboles por sus frutos y de los hombres por sus obras? No os lisonjéis ni engañéis á vosotros mismos. Procurad hacer buenos frutos y ser árboles buenos si quereis que el mundo os tenga en buena opinion; porque mientras seais malo y no deis sino malos frutos, no tendreis motivo de que quejaros si os culpan y condenan. ¡Hombres malignos! ¡por qué desatendeis estas verdades tan palmares? La raíz del árbol es el origen y principio de su vida y de sus frutos: si aquella está emponzoñada; su vida será melancólica y triste y su fruto desabrido y amargo; pero si aquella está sana, su vida será vigorosa y alegre y su fruto alcanzará perfecta sazón, madurez y dulzura.

Esta sola consideracion era mas que suficiente para que forman-

[1] Div. Agust. Serm. 11. De verbis Domini.

do los fariseos un juicio comparativo entre Jesús y sus obras, hubiesen conocido por ellas todas la grandeza y excelencias de su santidad. Sus obras no eran malas ni vanas como las que se hacen por arte mágico, sino que eran buenas y saludables como las que se obran por la virtud de Dios. Arrojar los demonios de los cuerpos, es una obra buena; por consiguiente no pueden nacer de un principio malo como es el diablo, sino que traen su origen de uno bueno, cual es el Espíritu Santo. Necia por tanto y calumniosa era la imputacion con que aquellos acriminaban á Cristo, diciendo que lanzaba los demonios por arte del Belcebub. Por esto les dijo Jesús, que eran una raza de víboras, semejantes á aquellos de quienes traian el origen; que no sabian sino morder y emponzoñar, permaneciendo en disposicion tan maligna y dejándose dominar de la envidia cruel: ¿cómo era posible que hablasen ni una sola palabra buena? De la abundancia del corazon nacen las palabras; así que, estando emponzoñado el de los escribas, no podia su boca proferir sino calumnias y blasfemias. Un hombre de bien saca buenas cosas de un buen tesoro; y así de un corazon lleno de rectitud y sinceridad, no pueden salir sino palabras edificantes. Esta es la regla por la cual todos los hombres serán juzgados por el soberano Juez. Vosotros me aborreceis, les añadió Jesús; esto es público, ya nada debe maravillarme. Mudad de corazon para conmigo; me vereis á otra luz y hablareis otro lenguaje. En verdad os digo que son vanas todas las ilusiones con que procurais tranquilizaros y engañar á los que os oyen para hacer prosélitos. Vosotros creéis que no se peca gravemente con la lengua, que las palabras contra el prójimo son sin consecuencia mientras no se llega á las obras y á los afectos. Ese es un error grosero que os pierde y hace desgraciados á cuantos siguen tan detestable máxima. Toda palabra mala sugerida por la ociosidad, principio de todos los vicios, será examinada y condenada en el juicio tremendo que de las obras y palabras á todos hará Dios; y segun la bondad ó malicia de todas y cada una de ellas, serán los hombres condenados ó salvados.

De lo dicho hasta aquí se infiere cuánto mas agriamente será reconvenido y mas terriblemente castigado en el día de la justicia de Dios, el hombre que haya calumniado las obras de la divinidad y

blasfemado contra el Espíritu Santo, porque lo manifestado claramente por Jesús á los fariseos equivalía á decirles según san Jerónimo [1]: Si una palabra ociosa no se pronuncia sin gran peligro del que habla, y en el día del juicio cada uno ha de dar cuenta estrecha de las que habló, cuánto mas estrecha tendrá que ser la cuenta que vosotros habeis de dar por vuestras groseras calumnias y blasfemias! Si se desea saber lo que sea una palabra ociosa, puesto que de ella se ha de dar tan estrecha cuenta en el tribunal de Dios, es preciso oír al grande san Gregorio [2]: Palabra ociosa es aquella que carece de una razon de justa utilidad ó de propia necesidad. Y si de una palabra ociosa ó de un vano y ligero pensamiento tan minuciosa cuenta se ha de dar á Dios en el día novísimo, pensar debe bien cuántos y cuán graves pecados cometerán muchos con la lengua. De tal manera pesa Dios los pensamientos de cada uno, considera los caminos y cuenta los pasos, que ni aun los mas pequeños pensamientos, ni las mas ligeras palabras que acá en el mundo se miraron con desprecio, quedarán sin exámen en su juicio. Y san Crisóstomo aun avanza mas al parecer y dice [3]: Entiéndese por palabra ociosa, no una mala, sino una buena, pero que no produjo ningun bien en el que la oía, porque no le edificó. Si por una palabra buena, porque no causa edificacion al pueblo, hemos de dar cuenta á Dios, ¿qué esperamos de las palabras malas? Y si por estas hemos de ser severísimamente juzgados, ¿qué será de nosotros por las obras malas? . . . Aprendamos á guardar nuestra boca para que no hable palabras ociosas ó vanas; porque así como un vaso que no se cubre se llena luego de polvo é inmundicia, y lo que hay dentro se enfria y corrompe, así sucede tambien en el corazón si la boca, que es lo que le cubre, no se cierra con la prudente y debida custodia. . . . La lengua ha de guardarse mas que á una vírgen: es un caballo de regalo, que si se le pone freno y si se le enseña á andar con pausa, puede descansadamente montarle aunque sea un rey; pero si no se le enfrena y se le permite saltar y brincar por donde quiere, en vez de servir de asiento para un rey solo lo se-

[1] Div. Hieronim. in cap. 12 Math.

[2] Div. Gregor. Hom. 6 in Evang.

[3] Div. Crisostom. Hom. 43 in Matti.

rá de los demonios. Y así no temió Orígenes en decir [1]: Dios abre la boca de aquellos que hablan sus palabras y anuncian sus grandezas; pero la de aquellos que hablan la mentira, las chocarrefas, torpezas y detracciones, el falso testimonio y la calumnia, el engaño y la blasfemia, la abre el demonio. Grande es pues el peligro que hay en hablar cosas ociosas y vanas cuando son tantas las útiles y divinas de las que sin riesgo ni peligro alguno podemos conversar.

Terrible fué no hay duda para los escribas y fariseos esta reprobacion de Jesús; pero tambien era grande el escándalo que habian dado al pueblo. La sencilla credulidad de los que le seguan necesitaba de preservativos, y los que se habian contagiado con las malas doctrinas no podian curarse sino con remedios extremos y violentos. Una gran parte de los que se hallaban presentes trataron de aprovecharse; pero los enemigos de la inocencia y de la virtud, todavía pensaron en continuar abusando de la buena fe de sus hermanos. Aunque con alguna mayor reserva, llevaron adelante sus planes y se revistieron de todas las apariencias de moderacion, á la que los forzaba la afectuosa consideracion de un pueblo que todos los días veia explayarse en su favor la ardentísima caridad de Jesús; mas este preparó el corazón de una pobre mujer, para que siendo en su presencia pregonera de su grandeza, fuese para ellos un motivo de nueva confusion y tormento.

Aun estaba el Señor acriminando la incredulidad farisaica, cuando de entre las turbas se alzó una mujer, y esforzando cuanto pudo su voz, dijo: *Bienaventurado el vientre que te llevó y los pechos que te alimentaron.* Esta confesion tan ingenua como generosa no pudo menos de ser un dardo que traspasó el corazón de los incrédulos; y Dios, que por su medio defendió la inocencia del justo, condenó abiertamente la dureza de sus enemigos; estableció el reino de la verdad, y dispuso se publicara la gloria de la redencion que se resistía á creer la páfida obstinacion de la Sinagoga. Esta mujer era una figura de la Iglesia, que nos asegura es dichosa y bienaventurada sobre todas las criaturas del cielo y de la tierra, aquella

[1] Orig. Hom. 3 in Exod.

que nos dió en Jesús fruto bendito de su vientre, el don mas precioso y rico y el tesoro de mayor valor que á los hombres se podia dar; pues nos dió á Dios mismo hecho nuestro hermano, y al Salvador y Redentor por tantos siglos suspirado y deseado. En verdad que fueron bienaventurados los pechos de la criatura que alimentaron al Criador; los pechos que conservaron la vida al que es autor de la misma vida, y la vida universal, y el gozo, el contento y la vida feliz y eterna de todas las criaturas. Mujer tan ennoblecida por la Trinidad augusta, que el Padre la elevó á la altísima dignidad de Hija suya, el Hijo á la Madre y el Espíritu Santo á la Esposa. Esposa verdadera de Dios que concibió por obra y gracia de su amor el eterno é inmaculado Esposo, y parió sin lesion ni detrimento de su virginidad, uniendo á esta los honores de maternidad, siendo virgen purísima antes del parto, en el parto y después del parto, y madre de Dios hecho hombre glorificado y bendito como fruto dichosísimo de su vientre.

Al oír Jesús la exclamacion de aquella mujer, la tomó como por pretexto para cerrar con una doctrina muy importante el discurso que habia pronunciado, y refutar con ella la pérdida simulacion de la hipocresía farisaica. *Bienaventurados mas bien*, replicó Jesús, *los que escuchan la palabra de Dios y la cumplen con fidelidad*. Lccion sublime que mejoró y perfeccionó muy notablemente el celo de aquella mujer. Aunque era muy imperfecto el testimonio que daba de la divinidad del Salvador y de la verdad de su predicacion, lo aceptó agradablemente su Majestad, y su fervorosa intrepidez la hizo digna de que la instruyese aquel mismo cuya honra procuraba. Premió su buena voluntad y perfeccionó su confesion. Engrandeció ella en Maria la maternidad, y no reparó en la humildad y en la caridad con que su Hijo le ennoblecó. Atendió á las entrañas que le concibieron y no al corazon que fué templo del Espíritu Santo antes de la concepcion del Hijo. Alabó la leche con que ella alimentó al Verbo y no la palabra con que fué alimentada por el Padre; por lo que Jesucristo rectificó el desconcierto de su alabanza haciéndola comprender que el espíritu es antes que la carne, y que en vano procura el hombre alimentar su cuerpo con el pan cotidiano, si no nutre y fortalece su alma con el pan espiritual de la

divina palabra, y por esto la dijo: *Mas bien son bienaventurados los que la oyen y la cumplen con fidelidad*. Cual nube preñada siempre de benignas influencias, nunca deja sin frutos el corazon sobre que descende. Como el temprano rocío de la mañana, ó como el agua ó la nieve que del cielo bajan, allá otra vez no vuelven, sino que riegan la tierra y la fecundizan; así tambien la palabra del Señor no torna otra vez hácia el lugar de donde salió; ella hará todo cuanto quiera el Señor y producirá el efecto para que la envió [1]. Es lámpara que alumbrá á los hombres y los guía por las sendas por donde deben caminar [2], sin cuya hermosa luz el hombre caminaría constantemente extraviado.

Bienaventurados pues los que la cumplen, porque entonces caminan con cierto y firme paso por el camino de la perfeccion, y se hallan dispuestos y preparados para emprender todo género de buenas obras. El que oye y cumple la palabra de Dios no incurre en los pecados de infidelidad que cometen tantos idólatras á quienes no se ha anunciado la luz del Evangelio; detesta los errores y las ilusiones de tantos herejes que cierran obstinadamente los ojos á esta tan divina luz; huye la ignorancia y los desórdenes de tantos malos católicos que maliciosos descuidan asistir á los templos para no oír la voz de los pastores; y conoce aquellas verdades prácticas que la corrupcion del siglo, el contagio de los malos ejemplos y las lisonjeras ilusiones del amor propio, ocultan siempre á la criatura, y nada de esto es extraño, porque antes ya habia dicho Dios por su profeta [3]: Yo haré que mis palabras sean un fuego en tu boca y que este pueblo sea como la leña que ha de ser devorada por el fuego de tu celo. Y poco después le añadió: Mi palabra es como un martillo que hace pedazos la piedra [4]. Por esto al contemplar David los maravillosos efectos que la palabra de Dios causaba en el corazon de la criatura, tampoco titubeó en decir: Ardorosa es, Señor, bella y luminosa tu palabra, y por esto la amó siempre tu siervo con la mayor ternura [5]. Y tales han sido en todos tiempos los maravi-

[1] Isaías. cap. 55, v. 11.

[2] Ps. 118, v. 105.

[3] Jeremías. cap. 5, v. 14.

[4] Id. cap. 23, v. 29.

[5] Ps. 118, v. 140.

llos efectos que la palabra de Dios ha producido, que tanto en los días de los profetas como en los tiempos apostólicos, y aun en los posteriores á aquellos, los reyes mas soberbios, los pueblos mas obstinados, feroces y salvajes, y los pecadores mas embrutecidos, todos se han humillado á su intimacion tremenda hecha por el ministro de Dios en la tierra, y conducidos por esta luz brillante caminaron unos al martirio, otros á la soledad, y los pueblos entraron en la senda de la civilizacion, de la caridad y de la paz, conduciendo los hombres á la perfeccion y á la práctica de toda especie de buenas obras.

ORACION.

¡Señor y Dios mio Jesucristo, Maestro mio sapientisimo! dignate por tu bondad inmensa dirigir de tal manera mis acciones con tu sabiduria infinita, que jamás extienda mi mano á la iniquidad ni á la injusticia, sino que ejercitándome siempre en las buenas obras, jamás ejecute sino lo que á tí agrada, y jamás atienda sino lo que conduzca á tu mayor gloria y á conseguir mi salvacion y la de mis prójimos. Virtud verdadera, arroja de mí el demonio por la contricion: tú que eres la palabra eterna del Padre, sana á este mudo para la confesion: luz indeficiente é inmensa, ilumina á este ciego por la satisfaccion; y para que el fuerte armado no me posea y domine, quítale todas sus armas convirtiendo en obsequio tuyo todas las fuerzas interiores de mi alma y todos los sentidos exteriores de mi cuerpo. Tambien te ruego y deseo ¡oh Dios mio altisimo! que cuantas veces me sugiera el espíritu maligno tentaciones abominables de blasfemia, otras tantas quiero que te bendigan y alaben por mí todas las criaturas del cielo y de la tierra, á fin de que los cánticos de alabanzas y accion de gracias por tus inefables misericordias, resuenen en tu presencia como salidas de mi boca en perpetuas eternidades, y la blasfemia del tentador maligno sea siempre el testimonio de su eterna perdicion. Amen.

NOTA. La historia del presente capítulo se halla en el XII del Evangelio de san Mateo, desde el versículo 15 hasta el 37, ambos inclusive; y en el XI de san Lucas, desde el 14 hasta el 28, tambien inclusive.

La Iglesia usa del texto de san Lucas para el Evangelio de la Dominica III de cuaresma; dice así:

EVANGELIO DE LA MISA DE LA DOMINICA III DE CUARESMA.

San Lucas, cap. XI, vs. 14 al 28.

En aquel tiempo estaba Jesús lanzando un demonio que era mudo, y así que hubo echado al demonio, habló el mudo y se maravillaron las turbas. Mas algunos de ellos dijeron: En virtud de Beelzebub, príncipe de los demonios, echa él los demonios. Y otros tentándole le pedían que les hiciesen ver algun prodigio en el cielo. Pero Jesús, penetrando sus pensamientos, les dijo: Todo reino dividido en partidos contrarios quedará destruido, y caerán sus casas una sobre otra. Si pues Satanás está tambien dividido contra sí mismo, ¿cómo subsistirá su reino? ya que decís vosotros que yo lanzo los demonios por arte de Beelzebub. Mas si yo lanzo los demonios con el poder de Beelzebub, ¿por virtud de quién lanzan vuestros hijos? Por tanto, ellos mismos serán vuestros jueces. Mas si yo lanzo los demonios con el dedo ó virtud de Dios, es evidente que llegé ya á vosotros el reino de Dios. Cuando el fuerte armado guarda su casa, seguro está lo que posee. Mas si sobreviniendo otro mas fuerte que él, le venciere, le desarmará de todos sus arneses en que tanto confiaba, y repartirá sus despojos. El que no es conmigo contra mí es; y el que no coge conmigo, desparrama. Cuando el espíritu inmundo hubiere salido de algun hombre, anda por lugares áridos buscando descanso; y no hallándole, dice: Volveré á la casa mia de donde salí. Y al llegar á ella la halla barrida y adornada. Entonces va y toma consigo otros siete espíritus peores que él, y entrados habitan allí. Con lo que el último estado de aquel hombre viene á ser peor que el primero. Estando diciendo estas cosas, he aquí que una mujer levantando la voz de en medio del pueblo, exclamó: Bienaventurado el vientre que te llevó y los pechos que te alimentaron. Pero Jesús respondió: Bienaventurados mas bien los que escuchan la palabra de Dios y la ponen en práctica.